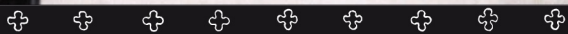


E S P A C I O A B I E R T O



Jordi Folck

El manuscrito de las bestias

ANAYA



I

Carta enviada a J. Folck

Estimado señor:

Le ruego que me excuse. No he tenido la suerte de recibir una buena educación y nadie me ha enseñado nunca las formas de cortesía que deben usarse para dirigirse a alguien como usted. No quiero molestarle. Sus ocupaciones diarias deben sustraerle mucho tiempo. Desgraciadamente, no puedo ser breve en el asunto que me obliga a ponerme en contacto con usted. Cuando ya falta poco para reencontrarme con el Todopoderoso y reprocharle los desafortunados episodios que han hecho de la mía una vida llena de miserias, quiero dejar constancia de ello en los últimos días de mi existencia. Soy ya anciana, pero los recuerdos me atormentan con vivacidad. Ya no pido justicia. De hecho, dejé de creer en ella; solo querría que se conociesen en detalle los terribles sucesos acontecidos en la escuela de Saint Mary en el año de 1939, los cuales han tenido consecuencias en todos y cada uno de los días de mi vida. Si cree que unos hechos hoy tan lejanos pueden estar desprovistos de interés, debo decirle que se equivoca. Nadie ha tenido jamás noticia de los sucesos que deseo narrar, por la única razón de que la muerte destruye con el mismo vigor todas las huellas del crimen. Y esto es así cuando la vieja dama arremete

contra quien ha rivalizado con ella en el número de víctimas inocentes.

Si usted es de los que solo creen lo que son capaces de ver o tocar, si menosprecia las leyes de lo sobrenatural —y no me refiero a banales historias de fantasmas o espíritus—, si no acepta el hecho de que la maldad del hombre lo hace prodigarse en sus maquinaciones y superar a Dios, entonces no me lea y quemé estos cuadernos.

Pero usted es escritor. Por tanto, comprende las leyes de la imaginación, abiertas y sin límites, porque las ha practicado. He leído algunos de sus libros: reconozco que, debido a mi falta de medios, los sustraje de librerías de viejo, que ya nadie visita. Pero como usted ha sido dotado de la facultad de ver lo que no existe y de creer, por tanto, en lo imposible, corre el riesgo de confundir la vida con la ficción y de juzgar el relato de lo real, en su carácter insólito, como obra de una imaginación desenfrenada o, incluso, enloquecida.

Los hechos que aquí narro, a pesar de que puedan considerarse extraordinarios y pavorosos, son, todos ellos, reales. Fueron escritos, en su mayoría, año y medio después de lo ocurrido. No me habría sido posible hacerlo ahora porque he borrado de mi memoria voluntariamente muchos de aquellos acontecimientos. He añadido recientemente un nuevo cuaderno que recoge el devenir de mi vida hasta hoy.

Mi imaginación es escasa, por no decir inexistente. Verá usted que no poseo conocimientos suficientes para dar el formato de un libro a estos hechos; desconozco el arte de estructurar un relato haciendo prevalecer los elementos esenciales por encima de los más insignificantes; usted posee el talento de crear personajes y situaciones que aten al lector a la narración. Yo no.

Sé poco de eso. Por ello tengo que pedirle paciencia si desea proceder a la lectura. Todo necesita un tiempo para ser contado. Y para que usted comprenda y acepte la veracidad de lo que aquí expongo, he de dar detalles que, en caso de

tratarse de una novela moderna, serían descartados. No pretendo satisfacer sus ansias de aventura ni procurarle un entretenimiento inocente o, incluso, divertido — no será usted capaz de entenderlo de este modo, ¿verdad? —, sino de hacerle llegar un testimonio que no habría podido ser fruto ni siquiera de la imaginación más libre.

Después de haberlo leído, y si llega hasta el final —le juzgo un lector inteligente—, le ruego que, a pesar de mi escaso talento a la hora de dar luz a episodios tan oscuros, haga llegar este manuscrito a tantos lectores como sea posible. En nuestros días, insípidos e incrédulos, la desgracia de los demás, la necesidad de experiencias ajenas que aviven los sentidos atizarán la curiosidad y la atención de muchos que, resignados a otras desdichas, me podrán creer. Les doy las gracias también a ellos.

Muy probablemente, cuando lean este manuscrito, yo ya no estaré entre ustedes; al menos no en la forma en que he vivido.

Solo me queda por decirle que le estaré eternamente agradecida y pido para que el Dios de algunos — me preparo para enfrentarme a él — le conceda una larga y fructífera vida.

*Atentamente suya,
Esther DANDRIDGE
Ely, otoño de 2004*

II

*Manuscrito enviado por la señora
Esther Dandridge*

Introito

Ely, julio de 1941.

En solo un año, la vida puede dar un vuelco inesperado. En dos, un salto mortal sin red que la sostenga. Después de abandonar el Saint Mary aquella mañana de enero de 1939, sin dinero y con mucha desesperación, pasamos un tiempo malviviendo, mendigando la caridad pública. Las gentes, al vernos, se asustaban: una muchacha de ojos implorantes que les tendía una mano abierta, suplicante, y un rottweiler de mirada encendida que les tendía sus colmillos afilados. Huían con prisa mal disimulada. Mal diablo se los lleve... Busqué trabajo. Lo habría encontrado de no haber sido porque en septiembre de aquel año resonaron las primeras alarmas antiaéreas. Poco tiempo después, nuestro país entraba en guerra. El cielo se vio invadido por ligeros Spitfires, aviones de caza y combate; los caminos comenzaron a verse sacudidos por carros de combate. Empezaba a morir gente. Pero la guerra nos benefició: la propaganda del momento

pregonaba a través de las ondas radiofónicas que nos amásemos los unos a los otros, que la gente fortaleciera su unión, pedían solidaridad. La señora Georgina Swanell, viuda de un capitán muerto en la guerra del 14, hizo caso a la radio y nos abrió la puerta a los dos, una huérfana y su perro de aspecto feroz, pero de mirada triste. Vivía en las afueras de Ely y necesitaba compañía. La señora Swanell no dejaba de llorar. Entre las primeras víctimas de la guerra estaba su hijo, Matthew, de dieciocho años. Tenía el telegrama encima de la mesilla de noche desde hacía semanas. Nosotros dos ocupamos la habitación del chico y dormíamos en su cama. Él nos observaba desde los retratos. La señora Swanell tenía demasiados problemas como para preocuparse por una huérfana que dormía abrazada a su perro, con quien compartía el rosbif, a quien leía novelas de aventuras; en lo más crudo de aquel invierno hacíamos de nuestras pieles una sola.

Le tomé afecto a la señora. Yo era —me decía— una dulce compañía. Le recordaba a Matthew. La guerra nos benefició cuando, a finales de aquel año, una bomba alemana que quería derrumbar la altiva catedral se desvió de su camino y estalló en la iglesia de Saint Mary. Nadie entendió que yo me apresurara a ir a la escuela tan pronto como abandonamos el refugio. Al volver allí, desperté de nuevo en una pesadilla; esa angustia fría que se había alejado de mí me abatió de nuevo... Corrí hacia la biblioteca. Ardía. Salvé los libros que pude. Al coger *Guerra y paz*, de Tolstói, el libro, carbonizado, se me deshizo entre los dedos. Fue un mal presagio. El último que recogí de un total de treinta, abriéndome camino entre las llamas, fue un ejemplar de *Los hijos del capitán Grant*, de Verne. Lloré amargamente por los pocos libros que se habían salvado de la quema. Recorrí el claustro: un arco caído

sobre la fuente había silenciado su surtidor. La torre norte, la hermana pequeña de Earls Barton, la torre sur y todos los ricos y bellos objetos que allí se conservaban desde los tiempos fundacionales eran pasto de las llamas, los viejísimos muros de la iglesia que había visitado a principios del milenio Guillermo I el Conquistador se habían derrumbado. Y aun así sentí de repente una inmensa felicidad, como si con su destrucción pudiese borrar aquella pesadilla, pero, a la vez, un profundo pesar. Las estatuas del Jardín del Paraíso, a causa de las bombas, habían sido decapitadas. El mes de septiembre del año anterior, el Saint Mary había cerrado sus puertas a los huérfanos y a las viudas. Se decía en la ciudad que con la muerte de su decano, un tal Dean, la escuela ya no había vuelto a ser la misma, que con su desaparición habían muerto también aquellas teorías progresistas que tan mal casaban con la región. Los alumnos que tenían familia habían regresado con ella, los huérfanos habían sido trasladados a otras escuelas de la comunidad.

Regresé a casa de la señora Swanell cargada con algunos libros, recogidos en un hato hecho con el pañuelo que cubría mi cabeza. Ella se encontraba ausente. Aquella noche, abrazados los dos, dormimos mal. La señora, por la mañana, todavía no había regresado. Ya no lo haría. Encontraron a aquel bello cisne blanco¹ manchado de grana, lleno de metralla.

Vivimos allí dos semanas, hasta que un pariente lejano de la viuda acudió a su casa al no tener noticias de ella. Nos creyó vagabundos. No se atuvo a razones. La señora Swanell nunca le había hablado a nadie de nosotros. Quedaban todavía dos años para que acabase la guerra cuando tuve que volver a mi habitación, a

¹ *Swanell* es una derivación de *swan*, «cisne» en inglés.

los pabellones abandonados de la escuela, que aún quedaban en pie al final del jardín de los santos decapitados.

Desde mi antigua celda, en la pequeña casa de ladrillo rojo y ventanas tapiadas que nos acoge, me dispongo a escribir en los cuadernos escolares del malogrado Matthew Swanell los acontecimientos que tuvieron lugar en la escuela de Saint Mary de Ely en los últimos meses del año 38 y principios del 39.

Cuando escribo estas palabras, martillean mi cabeza los recuerdos, las pequeñas alegrías, las adversidades y rememoro con asombrosa claridad cada detalle, cada piedra, cada sombra que rodeaba los jardines de la escuela. Mi memoria retiene con intensidad y justicia cada palabra, cada gesto que nos acompañó en este valle de lágrimas, que, no obstante, nos dio innumerables momentos felices antes de que, caídas las máscaras, la maldad se esparciera por todos lados y un dolor desgarrador se quedase para siempre en nuestro corazón.

Ahora ya no nos importan las alarmas antiaéreas. No tenemos nada que perder, cuando lo único que pueden arrebatarnos es tristeza y desesperación. Y al tiempo que escribo, leo en voz alta porque solo en los ojos de un perro puedo reconocer la verdad.

Mi querido Alfons...

Cuaderno primero

*...¡el cielo, en nuestra infancia, nos circunda!
Las sombras de la cárcel se aproximan
sobre el niño que crece...
William WORDSWORTH*

El señor y la señora Dandridge, nuestros abuelos, a los cuales siempre tratamos con el respeto a que obligaba una rigurosa educación victoriana, murieron con pocos días de diferencia, pero suficientes para que la abuela nos confesase su última voluntad: las privaciones con que habíamos vivido los últimos años tenían como objeto costearnos a mi hermano y a mí una esmerada educación, que habría de situar a dos huérfanos en unas condiciones a las que ningún miembro de la familia había tenido acceso.

Si nuestra abuela, la noche de su último e íntimo testamento, hubiese conocido el trágico destino al que nos condenaba su decisión, habría preferido, con toda seguridad, dejarnos en la miseria más aterradora, pero con vida y capaces de luchar contra un porvenir incierto. Si Dios era capaz de alimentar a los pájaros —decía la abuela años atrás—, ¿por qué no iba a cuidar de nosotros cuando ellos faltasen? La providencia divina, a la que ella siempre recurría en los días más difíciles, iba a mostrarnos, ya en su

ausencia, su rostro menos amable, sus colmillos más afilados.

Así fue como el día 5 de septiembre del año 1938, Alfons y Esther Dandridge, hermanos gemelos a punto de cumplir quince años, fueron admitidos en la escuela de Saint Mary, en la población de Ely, situada a noventa minutos por ferrocarril de la ciudad de Londres y a más de una jornada de camino de las soleadas tierras de Cornwall, al oeste del país, donde habíamos vivido hasta entonces.

Para ser admitido en la disciplinada escuela de Saint Mary eran necesarias dos condiciones: ser huérfano de uno o de los dos progenitores y estar en posesión del patrimonio suficiente para afrontar los gastos educativos, bien procediese este dinero de rentas familiares o del apoyo de un protector, de un benefactor o de alguna comunidad. Mi madre había muerto, igual que en las más tristes novelas por entregas, en el momento de dar a luz: no era uno, sino dos los niños que llevaba en el vientre, sin que nadie la hubiese advertido de ello. La primera en nacer fui yo y trece minutos después lo hacía Alfons con la ayuda del médico, que tuvo que luchar para extraerlo de un cuerpo ya difunto. El corazón de mi padre, como el del héroe de cualquier historia ejemplar, había sobrevivido cuatro dolorosos años a las heridas recibidas en la Gran Guerra al servicio del rey Jorge VI, hasta que se detuvo poco después del último acto de amor a mi madre. El único recuerdo que heredamos de nuestros progenitores fue un pequeño retrato de nuestra madre, guardado en un camafeo con sus iniciales grabadas en oro que adornó el cuello de Alfons desde la misma noche de su nacimiento y del que ya nunca se separaría. Así pues, superábamos con creces en miserias humanas a muchos de los que nos acompañarían en

aquellos tres años que íbamos a pasar en el colegio. Nuestro sacrificio y el de nuestros abuelos para satisfacer las costosas condiciones para el acceso obraron el milagro.

La abuela nos había hablado del Saint Mary como la mejor escuela de Inglaterra; no en vano, subrayaba, estaba regentada por miembros de la Compañía Misionera de los Padres Redentores. Su historia —como Alfons y yo sabríamos después— estaba llena de persecuciones religiosas, expulsiones, exilios en España, Francia o Portugal, torturas y ejecuciones en un entramado de capítulos que comenzaban cuatrocientos años atrás y que a mi hermano y a mí nos interesaban mucho más que las voluminosas vidas de santos y de conquistas heroicas que los abuelos nos habían legado como única posesión terrenal, ejemplares que hallamos en una caja a nuestro nombre. La casa en la que habíamos vivido había sido vendida, según dictaba el testamento, con el objeto de sufragar el coste de nuestra educación: su retribución fue ingresada en la cuenta que la compañía tenía abierta para esos menesteres.

El día de nuestra llegada al Saint Mary llevábamos nuestras pertenencias en dos pequeñas maletas. A pesar de haber satisfecho las condiciones económicas de tres años de estudio, tuve la sensación de que éramos acogidos en nuestra miseria por una casa de caridad, donde, como sucedía en los cuentos tradicionales, íbamos a ocuparnos de las tareas que nadie deseaba, Cenicientas al servicio de unos amos adinerados. Pero esa impresión se desvaneció pronto, al encontrarnos con un grupo numeroso de entre quince y veinte muchachos, acompañados por un adulto lánguido, todos con el mismo desánimo en el rostro y hatos bien anudados al cuello. Yo sufría por Alfons. Desde siempre había sido un chico alegre a quien nunca le había fal-

tado nada, de carita graciosa y ojos azul cielo, limpios, cristalinos, con un corazón sensible y un mundo interior que solo yo adivinaba. A veces pensaba que su curiosidad, su actitud optimista y fisgona, que le llevaba a hacer preguntas de continuo, no era sino una máscara con que escondía sus miedos. Él había sido el que más había lamentado la muerte de los abuelos. Quizá las mujeres somos más fuertes, más duras, más firmes, por haber sufrido desde tiempos inmemoriales la desconsideración por parte del sexo más fuerte, por el hecho de estar preparadas para la maternidad, para la crianza de los hijos y para la responsabilidad que esto supone; a pesar de las circunstancias de nuestro género, estamos mejor preparadas para las catástrofes. Debajo de un portal de piedra caliza, en medio de los muros que separaban la escuela de los barrios medievales de Ely, fuimos llamados uno por uno por un joven sacerdote. Nos instruyó con rigor para nuestra vida en la escuela. Las actividades académicas eran independientes. Los servicios religiosos, el comedor, la biblioteca, el claustro y los jardines, los espacios para el recreo y los paseos eran comunitarios, si bien en la iglesia los bancos de la izquierda eran para los varones y los de la derecha para las mujeres; la misma distinción tenía lugar en los bancos del comedor, nos advirtió. Los muchachos tenían sus propias aulas y sus propios dormitorios. Nosotras, una bonita casa de ladrillo al final del jardín.

Nuestro joven instructor no ahorró palabras cuando se refirió al decano del Saint Mary, el honorable padre general y excelentísimo John Dean, el cual, dijo con gran pompa, había eliminado las enormes barreras que separaban la educación de hombres y mujeres para lograr una educación comunitaria, en pro de la convivencia y del respeto mutuo. En aquel tiempo,

hombres y mujeres iban a escuelas separadas. Unirlos resultaba algo insólito y único en toda Inglaterra. De esta manera, añadió el sacerdote, los miembros de una misma familia no iban a ser separados, un privilegio del que debíamos ser conscientes y agradecidos. Entendí en aquel momento la elección de la escuela de Saint Mary por parte de los abuelos. Ya que no quedaba ningún otro miembro de la familia con vida, deseaban que, al menos, nosuviésemos el uno al otro y nos cuidáramos mutuamente. No obstante, cuando vi alejarse a Alfons en nuestra primera separación después de quince años, sentí unas enormes ganas de llorar. Pero no lo hice y me despedí de él guiñándole un ojo mientras en mi interior sollozaba. Permítame añadir que éramos gemelos univitelinos, es decir, con un parecido físico extraordinario. Habría bastado con cortarme el pelo y esconder los pechos, que justo empezaban a asomar, para que me confundieran con mi hermano. Éramos semejantes como dos gotas de agua. Y estaba convencida de que también lo éramos en nuestro ser interior, que poseíamos la misma sensibilidad y transparencia de sentimientos. Lo insólito de nuestra unión nos permitía adivinar qué ocurría en la cabeza y en el corazón del otro en una comunicación muy especial. El tiempo, desgraciadamente, confirmaría estas predicciones.

Por suerte, aquel primer día no tardé demasiado en volver a ver a mi hermano. La escuela estaba construida sobre los muros y estancias de un antiguo convento; por eso, nuestras habitaciones eran de una simplicidad y de una pobreza ejemplares: un armario, una cómoda, una mesilla de noche con una lámpara, una mesita sostenida por frágiles patas y dos camas. Habían pertenecido a una comunidad de monjas católicas, abolida dos siglos atrás, como pasó a me-

nudo en la Inglaterra protestante. A pesar de que la escuela quedaba oculta en los barrios de las afueras, a la sombra de la majestuosa catedral de Ely y de su torre octogonal de cuarenta pies de altura, que nadie crea que se trataba de una pequeña escuela provincial. Más bien lo contrario, estaba formada por diversos edificios gobernados por dos torres: el campanario o torre norte y una fortificación de aspecto casi militar a la que llamaban torre sur. El campanario era un bello ejemplo de arquitectura normanda y era conocido como la hermana pequeña de Earls Barton, una ciudad del condado de Northamptonshire, famosa por su iglesia de Todos los Santos y su monumental torre sajona. Al atravesar el muro que separaba la escuela de una calle cuyas casas habían conocido tiempos mejores, se entraba en un pequeño patio interior desprovisto de cualquier tipo de ornamentación. Allí se atravesaba un portal de origen medieval que conducía a un claustro rodeado de veintidós arcos góticos, los cuales gobernaban un jardín interior de escasa vegetación en cuyo centro se erigía un surtidor que nacía en el cántaro de una niña de pies descalzos, asomada a un pequeño estanque. El jardín daba cabida a la totalidad de los alumnos del Saint Mary. Las aulas, la biblioteca, la sala de estudios y las otras dependencias para los estudiantes estaban situadas en torno a él. Las habitaciones de los chicos se hallaban en el primer piso; sus ventanas se abrían al claustro. Encima de ellos residían los miembros de la comunidad religiosa y los docentes. A las dependencias de las chicas se tenía acceso por un pasillo a la sombra de la torre sur, al final del claustro. Allí, después de atravesar una puerta enrejada de metro y medio de altura, se llegaba al que era conocido como Jardín del Paraíso, custodiado por dos hileras de estatuas de santos. Al final de aquel

peregrinaje escultórico se hallaban situadas nuestras habitaciones en una casa de dos plantas de ladrillo rojo sin ventanas, rodeada por un muro bajo, asimismo enrejado; la casa estaba junto a una antigua factoría textil reconvertida en comedor comunitario, detrás del cual se situaban las cocinas, como se adivinaba por el hilillo de humo que exhalaba una larga chimenea de esas tan características de la primera época industrial. Nuestro lugar de estudio consistía en tres aulas situadas en la planta baja de la casa, que podían albergar a cincuenta estudiantes.

Yo iba a compartir la habitación con Catherine Wallace, a quien conocería más tarde. Todos los cuartos eran interiores, sin luz exterior, ya que las ventanas habían sido tapiadas. Solo alguna tenía un ventanuco que daba al hueco de la escalera o al pasillo y que tampoco permitía entrar ningún tipo de luz exterior. ¿Era necesaria tanta mortificación? ¿Ese espíritu de pobreza, de desolación, de miseria, en una palabra, era necesario para encauzar nuestras almas por los caminos de la humildad?

Fuimos llamados a la iglesia para recibir la bendición de bienvenida a cargo del director del centro, el padre general, el reverendo John Dean, y fue allí cuando vi a Alfons al otro lado del pasillo. Me regaló una larga sonrisa. Hablaba con un muchacho sentado a su lado y entendí que, posiblemente, debía de tratarse de su compañero de habitación.

John Dean era un hombre extraordinariamente alto y delgado, de rostro blanquecino y unos finísimos ojos azules que contrastaban con la negrura de sus hábitos. Era la personificación de esas estampas religiosas que teníamos en casa de los abuelos, en cuyos reversos aparecía una oración, una plegaria o el texto de una novena. Por un efecto de la luz que llegaba desde las

ventanas más altas y envolvía a John Dean en una aureola de santidad, parecía el escogido para conducirnos a la tierra prometida de la que hablaban las Sagradas Escrituras. De la misma manera que se representa a la paloma de la paz llevando en el pico una hoja de olivo, él llevaba en la mano derecha una fina rama de avellano que o bien cruzaba sobre su pecho, o bien blandía con rotundidad a la hora de hablar. El principio de autoridad que escondía su gesto no se le escapaba a nadie. Creo que muy pocos de los alumnos que habían pasado por el Saint Mary podrían olvidar nunca aquella imagen de beatitud, de solemnidad y, al mismo tiempo, de disciplina y rigor, una imagen de la que él era plenamente consciente. ¿Usaría alguna vez aquella vara como los maestros que castigan a sus alumnos golpeándoles con una palmeta en la mano? ¿Se alzaría alguna vez el *pater* contra nosotros?

Si bien recuerdo una por una todas las palabras de su alocución, me abstendré de repetirlas, aunque sí lo haré en otras ocasiones. El padre general, agitando su vara de mando, incurrió en una serie de vaguedades habituales cuando se repite año tras año la lección aprendida sobre lo que esperaban de nosotros, el agradecimiento que teníamos que mostrar hacia aquellos que habían labrado nuestra buena fortuna, la tradición, la fidelidad y el altísimo honor de la escuela, regida según los principios elaborados por el noble señor De Loyal, el fundador de su humilde comunidad. Después siguió con una serie de recomendaciones sobre la vida estudiantil, para acabar ofreciendo su amistad y consuelo a todos aquellos que lo necesitaran: su despacho estaba abierto a cualquier hora para todos nosotros. Las dos religiosas que nos habían conducido a la iglesia y cinco sacerdotes más acompañaban al reverendo en su primera homilía. Ninguno

de ellos pronunció ni una palabra y se dedicaron a asentir con solemnidad a las afirmaciones de su superior. Mientras él hablaba, tuve ocasión de admirar el templo. Esa sensación de provisionalidad que me había perseguido hasta la llegada se desvaneció en el instante en que accedí a su interior. Aunque la iglesia era de dimensiones reducidas, las altas y delgadas columnas, a juego con la figura espigada del señor Dean, y la planta de cruz latina, como ya había aprendido en las ilustraciones de los misales de la abuela y de algún libro de santos, la convertían en una iglesia sobria pero magnífica. El retablo barroco, todo él bañado en oro y por el que ascendían cuatro columnas cubiertas de pámpanos y de frutos también dorados, presidido por una imagen de la Madre de Dios situada entre una hueste de santos y de ángeles, me recordaba a los decorados teatrales que acompañaban, cuando yo era muy pequeña, las representaciones del nacimiento de Jesús. Unas vidrieras que representaban las dificultades de la vida misionera, la evangelización en tierras indígenas con cabezas inclinadas bajo la cruz del conquistador imprimían sus colores en el suelo. Abandonada la luz de la creación que lo enmarcaba, Dean avanzaba ahora por el pasillo central, parecía flotar por encima de un océano de colores, ese que anuncia que está próximo el episodio de Jesús caminando sobre las aguas, al tiempo que pregona que uno no pertenece a este mundo.

Después nos fue presentado el profesorado: tres viejos profesores para los chicos y dos mujeres de mediana edad para las chicas, de vestidos muy adustos y mirada pontificia, que en poco se diferenciaban de las tres hermanas que se ocuparían de nosotras: sor Margaret, sor Mercedes y sor Madeleine. Dean acabó su parlamento con un «*Ad maiorem Dei gloriam*». Fuimos

conducidos de nuevo a nuestras celdas, donde encontramos, finamente dobladas, unas batas grises con vetas negras que, supuse, eran nuestro uniforme escolar de cada día. Catherine, mi compañera de habitación, más bien desmedrada pero rechoncha, resultó ser la pequeña de siete hermanos de una familia de campesinos, pronto huérfanos de padres, nacidos con mucha libertad y pocos recursos, habituados a vivir con privaciones dependiendo del precio de las cosechas, las inclemencias del tiempo y los zigzagueos de una vida difícil; al morir su madre, la habían conducido al Saint Mary una devota parroquiana, la voluntad y el esfuerzo de toda una ciudad y la intercesión del vicario episcopal, amigo de los fallecidos.

Las clases empezaron en cuanto una de las religiosas nos examinó y aprobó nuestros uniformes. Debido a que aquella ropa había pertenecido, como es natural, a las alumnas que nos precedieron, no era extraño que no nos sentaran demasiado bien. Cuando vi al resto de mis compañeras vestidas tan poco armoniosamente, dudé entre reír abiertamente o sentirme la Cenicienta del cuento, vestida con la ropa de sus hermanas mayores: o la falda era demasiado holgada o la cintura demasiado estrecha. Fue en el transcurso de la noche cuando en el más riguroso de los silencios intercambiamos nuestras pertenencias hasta lograr cierto acomodo.

Dos horas después, Alfons debió encontrarme tan desconocida que me abrazó con fuerza mientras se le saltaban las lágrimas de tanto reír. Él llevaba una camisa blanca y unos pantalones cortos negros. Con el reencuentro se le habían teñido las mejillas del color de la granada y le centelleaban los ojos. ¡Qué hermoso era! Volvía a ser aquel muchacho libre, risueño y dulce que en un tiempo más feliz bailaba con la abuela

vales ingleses y minuetos llenos de giros infantiles. Me había cogido por la cintura y me obligaba a dar vueltas, y él reía y reía hasta que un sacerdote anciano se acercó a nosotros para decirnos que no era correcto que una señorita de buena familia se comportase como una campesina. Que debíamos esmerarnos tanto en la forma de vestir como en nuestra actitud de respeto hacia la comunidad que nos acogía, donde no eran admitidos ni los bailes ni las canciones que no fuesen para glorificar a Dios, y no sé cuántas cosas más... ¡Yo ni siquiera lo escuchaba! Me sentía feliz de saber que la hora del recreo también era común y que aquella media hora diaria la dedicaría a encontrarme con Alfons, a charlar con él, a mantener nuestra unión. El claustro y el Jardín del Paraíso eran los lugares habituales de encuentro de los cien alumnos escogidos que integrábamos la escuela, siempre bajo la vigilancia de nuestro tutor, de una de las hermanas o de un sacerdote. Los redentores aprovechaban la caída de la tarde para hacer sus plegarias paseando por unos pasillos situados en la parte superior del antiguo convento, para estar más cerca de Dios, según nos dijeron. No pasaría mucho tiempo para que alguien acabara mirándonos como a títeres movidos por altos designios, víctimas propicias de una partida ya ensayada; inflamado el orgullo, alzado el instinto de superioridad, palabras tan alejadas de nuestros corazones, impropias de quienes predicaban la sencillez y la incorruptibilidad.

Pero yo era todavía una muchacha llegada del campo, inocente y perdida, que apenas sospechaba las extrañas razones de los hombres de bien. Al anochecer y antes de las oraciones de acción de gracias, Alfons quiso presentarme a su compañero de habitación: un chico robusto, de diecisiete años, que estaba

en su último curso. Se llamaba George Springfield y, sí, era alegre y festivo como la primavera. Los rizos de su cabellera cayéndole sobre los ojos claros y puros, los labios pálidos y bien dibujados, su altura, los hombros anchos, todo le otorgaba el aire mayestático de un dios de la mitología, del pastor enamorado de una diosa de los cuadros antiguos o quizá del príncipe feliz de los cuentos infantiles. Él cuidaría de Alfons. Supe que los abuelos serían felices de saber que habían puesto su inversión en tan buenas manos y bajo unos ojos tan bellos y que la Providencia no hacía sino recompensar su buena elección.

La primera noche en mi celda no pude pegar ojo. Y sentía que Alfons tampoco. Nos separaban jardines y muros de piedra, pesados y viejos, pero yo sabía que él miraba fijamente la oscuridad y escuchaba. Desde la distancia nos llegaban, claros y agudos, todo tipo de ladridos, aullidos, resuellos entrecortados y angustiosos. Al estallido de un ladrido frenético seguían silencios largos, rotos por unos aullidos tristísimos. A la agitación de un griterío animal, casi siniestro, le sucedía el tañido apagado de un canto de desesperanza al que no seguía ningún otro. El aumento de la queja de muchas voces decrecía en una sola nota alargada. Daba pavor. No sabía que en la escuela hubiese animales, ¿para qué iban a tenerlos? Todo aquello sucedía cuando la catedral de Ely engarzaba el sonido de las campanas por la noche con el paso de las horas, seguidas tímidamente por la pequeña campana del Saint Mary. Del mismo modo que los prisioneros, para recordar la pesada marcha de los días, marcan los muros de su cautiverio con pequeñas rayas, los animales arañaban el silencio de la noche con sus ladridos, dejando constancia del paso de cada hora.

Al día siguiente, durante el corto tiempo del recreo, no fue necesario ningún tipo de introducción. Alfons se me acercó y me dio dos besos, como siempre hacía al levantarse de la cama en tiempo de los abuelos. Venía con su compañero, el cual, imitando a Alfons, en un gesto cómico y exagerado lanzó dos besos al aire.

—¡No digáis nada! —nos advirtió—. Esta noche no habéis dormido apenas, ¿verdad?

—¿Me has visto? —le preguntó Alfons.

—¡Dormía! Pero siempre que te dabas la vuelta en la cama sacudías toda la habitación. Creí que era el lobo que soplabla sobre nuestra humilde casa de paja —rio—. Pero es una tradición permanecer despierto la primera noche. Le pasa a todo el mundo. Y si no, mirad a vuestros nuevos compañeros.

En efecto, todos mostraban la cara lánguida de haber pasado una mala noche.

—Son los perros. Después os acostumbraréis y ni siquiera los oiréis. Es como quien se traslada a una gran ciudad: le llegan todo tipo de ruidos desconocidos y hasta que no se acostumbre no logrará dormir. Serán un par de días, pero luego, cuando los aceptéis sin más, dejaréis de escucharlos, como si nunca hubiesen estado allí.

—¿Perros? ¿Y para qué los quieren? ¿En una escuela religiosa?

—Oficialmente están aquí para proteger los tesoros que guarda la escuela. Personalmente, y no me preguntéis por qué, pienso que le gustan al director. Son un símbolo de poder. Habéis visto su vara, ¿verdad? La usa para hacerse obedecer por los perros. Son salvajes. Peligrosos. Están en un antiguo depósito de agua reconvertido en corral o en prisión, ¡quién sabe!

—¿Y qué tesoros guardan los perros? —preguntó Alfons.

—Dicen que cuando los redentores fueron expulsados del Nuevo Mundo, cuando Portugal les retiró su confianza y se quedaron sin sus misiones en Brasil, pudieron llevarse algunas de sus pertenencias. Se habla de crucifijos, cálices cubiertos de piedras preciosas, diademas, manteles bordados con hilo de oro y plata, reliquias cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Supongo que os habrán avisado de que por la noche no está permitido salir de las habitaciones.

—Sí, ayer nada más llegar. Supuse que no les debía gustar que los estudiantes corretearan por ahí solos de noche, charlotearan en las habitaciones, montaran camarillas. Dirían que no estamos de vacaciones y monsergas de esas. Con lo hermoso que sería contarnos historias de miedo con el eco de los perros ladrando. A Alfons le gustaba que le leyera hasta bien entrada la medianoche, hasta que nuestro abuelo nos advertía con un «Dejad dormir a las letras», ¿verdad, Alfons?

El muchacho asintió.

—La señorita es muy observadora, pero no sacaría buena nota si esta fuera una pregunta de examen. Si desobedecierais las órdenes, cosa que no os recomiendo, tendríais un disgusto más grande que una amonestación o un castigo: os tendríais que enfrentar con los perros. Nunca he visto otros con peores pulgas. Y ese sería un cuento muy amargo.

Se hizo un silencio. Ya íbamos a preguntar cuando continuó con estas palabras:

—Por la noche dejan sueltas a las bestias. Mero-dean por el Jardín del Paraíso para protegeros a vosotros, que sois los bienes más preciados —remarcó mirándome; creo que enrojecí—. Y por la seguridad de todos —concluyó—. ¡Dean *dixit!*

—Pero ¿quién podría saltar estos muros? ¡Son más altos que dos John Deans juntos! —observó Alfons en medio de una sonrisa general.

—Tres Deans juntos o alguien con una escalera o un equipo organizado de ladrones. Pero nunca nadie ha entrado aquí y, si lo han hecho, no hemos tenido noticia de ello. Los perros habrían acabado con ellos. Llevan hambre acumulada.

—¿Y cómo sabes todo eso? —le pregunté.

—Todo lo que queráis saber oficialmente —dijo remarcando esta última palabra— lo encontraréis en la biblioteca. Solo tenéis que pedir permiso con la excusa de que tenéis que hacer alguna investigación y se os abrirán las puertas...

—¿Y lo que no está escrito? —dejé caer.

George hizo otro de sus silencios, típicos en él cuando preparaba alguna de sus confesiones, seguidas siempre de una risa abierta, inocente.

—Preguntádselo al portero, el padre Samuel. ¡Ha visto muchas cosas!

—¿Es el viejo que vimos ayer en la entrada mientras nos llamaban?

—Sí, es él; tiene ochenta años, pero lo ve todo y lo sabe todo.

—¡Pero si es ciego! —añadí ofendida.

—Precisamente. Los ciegos ven mucho más allá: presienten las cosas de forma más profunda. No se les escapa nada. Ya veréis. ¡Ah!, si podéis, obsequiadlo con caramelos de fresa. Tampoco tiene dientes, pero sí paladar.

—¿Caramelos de fresa?

En ese momento sonó la campana que nos advertía que había que volver a clase. Me quedé con un montón de preguntas y con la cara risueña de George dibujada en mi retina. En el comedor colectivo, desde el

otro lado de las mesas, George no me quitó los ojos de encima, como si quisiera decirme que había algo más.

Las tardes estaban reservadas para los rezos en la iglesia y para atender a las obligaciones escolares. Cualquier contacto con mi hermano y con su compañero de habitación me resultaría imposible hasta el día siguiente. Pregunté medio tartamudeando a sor Margaret, una de las religiosas más jóvenes que se encargaban de nosotras, de cuánto tiempo libre disponíamos, a lo que con cara de pocos amigos contestó que no estábamos allí para hacer amistades, sino para recibir una educación que nos permitiera enfrentarnos a un mundo competitivo y duro y para rezar a Dios por nuestras almas y que si me gustaba algún chico, mejor sería que me olvidase de él porque allí no se aceptaba ningún tipo de afecto. Además, estaba prohibido, castigado. Hasta que no oí aquellas palabras no me di cuenta de lo agradable que me resultaba la presencia de George y cómo me alegraba cuando se acercaba la hora del encuentro. Era una doble satisfacción: volver a encontrarme con Alfons y ver qué podía contarnos George de la escuela y de los que allí vivían. Y aquella noche, mientras en la cama esperaba oír el ladrido de los perros, supe que solo por unos instantes querría cambiarme por mi hermano y conocer las confidencias íntimas, las recomendaciones que George podía hacerle, escuchar su tono de voz, el deje melodioso de sus palabras y saber si pronunciaba mi nombre. Me sentí extrañamente incómoda y, al mismo tiempo, reconfortada. No era lícito que una jovencita como yo tuviese esos deseos, me dije aplicándome un sentimiento de culpabilidad que ni arraigaba en mí ni acababa de crearme. Le estaba agradecida a George, pensaba, por cuidar de Alfons, nada más. Y me sentía contenta de tenerlo como compañero de escuela, aun-

que no cursásemos los mismos estudios ni compartiésemos las mismas aulas. Pensaba que se trataba de eso. En aquel momento dejé de pensar en George. Un sueño dulce y suave comenzó a ganarme. Pero por poco tiempo. Más claros que nunca me llegaron, cercana la medianoche, los ladridos de los perros salvajes que corrían libremente por los jardines. Me asustaba que alguien pudiese perder la vida entre sus fauces.

Agucé el oído. El griterío debía de oírse desde todos y cada uno de los rincones del Saint Mary. Entre los ladridos, algún aullido me atravesaba la piel, como si, guardianes de mi puerta, me advirtiesen de que no debía franquearla. ¿Duraría mucho aquella protesta? ¿No es el hambre una fina tortura? No era de cristianos dejarlos sin comida, alimentando solo su rabia. ¿Por qué los padres redentores los trataban así? «No hagáis a un animal lo que no queráis para vosotros mismos», nos decía el abuelo, que había tenido un pastor alemán hasta que el perro se murió de viejo. Quizá querían enloquecerlos, conquistar su fiereza, despertar sus demonios interiores con el objeto de que no hubiese salvación posible para aquel que, codiciando los tesoros de la escuela, se atreviese a cruzar de noche sus jardines... Me obligué a dormir. Y en medio de los ladridos me doblé un sueño irregular, agitado, tenebroso. Me propuse conocer a aquellas bestias y averiguar, si era posible, la causa de su furia. Entonces, con esa determinación, logré dormir.